

calados, un fondo de terciopelo rojo, y entonces apareció el interior de aquel precioso mueble, compuesto de bellísimos arquitos, de galerías en miniatura en que encajaban infinidad de cajoncitos, ocultándose los unos á los otros con múltiples secretos.

—¿Pero dónde estaban esas cartas?—preguntó Currita impaciente, abriendo uno á uno los lindos cajoncitos.

—Aquí abajo,—contestó D. Pablo.

Y apretando un resorte de bronce, hizo saltar otro cajoncito oculto, que dejó escapar al abrirse un suave olor de violetas secas. Currita metió dentro la mano, y encontró en el fondo un ramo marchito de aquellas fragantes flores: mirólo algún tiempo con cierta extrañeza, como quien pretende recordar algo, y exclamó al fin cayendo en la cuenta:

—¡Ya!.....

Y de repente, poniéndose muy seria y con la enfurruñada cara de quien se teme un chasco pesado, murmuró muy enfadada:

—¡Pues tendría que ver!....—¡Estaría bonito!....

### VIII.

Bueno estaba para bollos el horno del Sr. Gobernador, á las dos de la tarde de aquel mismo día 26 de Junio. La noticia de la visita de la policía al palacio de Villamelón, había llegado á las altas esferas del Gobierno, causando en ellas sorpresa y disgusto: ignorábase allí la causa de aquella violenta medida del Gobernador, y esperábase todavía, por otra parte, obligar á la Albornoz á aceptar el cargo de Camarera, á pesar de la escena cómicodramática que entre ella y el Excmo. Martínez había tenido lugar la víspera. Porque, como el lector habrá ya adivinado, no obstante los enredos de la tramposa señora, los compromisos de ésta con el Gobierno eran tan reales y positivos, como había asegurado dos



días antes la Condesa de Mazacán, en casa de la Duquesa de Bara.

Resentida profundamente Currita, por lo que ella creyera desaire de la abdicación, había decidido al punto pasarse con armas y bagajes al enemigo, satisfaciendo de este modo sus femeniles deseos de venganza, y realizando al mismo tiempo su continuo anhelo de dar qué hablar á todo el mundo, y ser siempre la primera de la primera línea. El nuevo monarca era jóven y era guapo, y una vez teniéndole ella á su alcance en el puesto de Camarera, parecíale fácil amalgamar en poco tiempo en sí misma, dos personalidades históricas que le eran muy simpáticas: Mademoiselle de la Vallière y la Princesa de los Ursinos.

Costóla, sin embargo, algún trabajo reducir á Villamelón á secundar sus planes, porque encastillado éste en lo que llamaba su honor, empeñábase en vivir y morir fiel á la dinastía caída: supo al cabo Currita convencerle, y cautar siempre, y sin dar ella la cara, encargóle á él entablara las negociaciones con D. Juan Antonio Martínez y el Ministro de Ultramar, personajes ambos que con traidora previsión habían procurado desde mucho tiempo antes atraer á su casa, importándosele un bledo los aristocráticos aspavientos de sus ilustres amigas. Las condiciones impuestas por la Condesa, eran un considerable aumento de sueldo para ella, y la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Vilarde, adorado amigo que á la sazón privaba.

El encargo era fácil, dado el afán que de llenar aquel desairado cargo con una Grande de España existía en la corte y en el Gobierno: Villamelón, sin embargo, cometió una pifia contra las terminantes prescripciones de Currita. Habíale encargado ésta que por ningún concepto soltara prenda por escrito, en el manejo de aquel negocio, y por faltar el majadero á una cita que con cierta viuda problemática tenía, á la misma hora en que le citaba también el Ministro, dejó escapar aquella malhadada carta dirigida á éste, que tan serias complicaciones había de traer mas tarde.

Mientras tanto, la carta de la reina Isabel vino á desbaratar todo lo hecho, y con su desfachatez sin igual volvióse atrás Currita, dejando á la corte y al Gobierno burlados, y en las astas del toro á su marido. No satisfecha con esto, y para acallar los peligrosos rumores que atizados por Isabel Mazacán corrían de lo sucedido, imaginó denunciarse á sí misma al Gobernador, escribiéndole un anónimo en que con pruebas patentes y señales manifiestas aseguraba, que la Condesa de Albornoz y el Marqués de Butrón urdían un complot vastísimo, existiendo en poder de ella papeles muy importantes para la causa alfonsina. El incauto Gobernador cayó en el garlito, y ya hemos visto la admirable oportunidad con que secundó los atrevidos planes de aquella ilustre bribona, cuyas mezquinas intriguillas traían en conmoción á toda la corte. La visita de la policía afianzaba para siempre la fa-



ma de su lealtad alforsina, dándole una importancia en el partido, que la ponía por completo á cubierto de las pretensiones de la corte amadeista. Así lo comprendió el Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, y hecho un basilisco fué á pedir al Gobernador cuenta de su torpeza: alborotóse éste, y guardándose muy bien de confesar que sólo en un anónimo cifraba él las pruebas del complot de Currita, aseguró campanudamente que le constaba la existencia de una vasta conspiración alfonsina, que el Marqués de Butrón la dirigía, y que la señora Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo.

—¡Si me lo querrá V. decir á mí!—exclamó el buey Apis resollando por la herida.

Y contó al Gobernador con todos sus pormenores, la historia del nombramiento de Camarera y la escena de la carta arrojada al fuego, que había ya hecho desternillar de risa, en las narices mismas del Ministro, á todos sus compañeros de Gabinete. Mordióse el Gobernador los labios, comenzando á sospechar que había hecho un pan como unas hostias, y el *pas trop de zèle* de Talleyrand, acudió á su mente como un reproche. Detuvo, sin embargo, un momento su cólera y sus temores la entrada del jefe de orden público, que venía á entregarle los papeles sorprendidos en poder de Currita.

Lanzóse el Gobernador sobre ellos con todo el ardor de su picado amor propio, y púsole su mala suerte ante los ojos lo primero, un

plieguecillo de esquila, con el timbre de la Condesa de Albornoz, y escrito en él con diversos caracteres de letra, este extraño letreiro:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*— Examinaba atentamente el Gobernador el papelillo, creyendo encontrar alguna clave oculta ó algun santo ó seña misteriosa entre aquellos diversos caracteres de letras, rechonchas y apretadas unas, largas y finitas otras, diminutas cual patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen en forma de cadeneta, las últimas. Estas despertaron en su mente un vivo recuerdo: buscó apresuradamente el anónimo que encerraba la denuncia, cotejó ambas letras, y el velo se rasgó entónces por completo. ¡Era la misma!... Probado quedaba que la Excm. Sra. Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo, y el Excmo. Sr. Gobernador de Madrid, un majadero de siete suelas.

Su furor no tuvo entónces límites, y vino á aumentarlo el cazurro Martínez, que con los carrillos hinchados y la boca llena de risa, reventaba por soltar la presa, y soltóla al fin, diciendo á modo de fisga:

—¡Abortó la conspiración!... ¡España puede ya dormir tranquila!.....

Su Excelencia encontraba cierto maligno disgusto, en no ser la única víctima de los enredos de aquella grandísima tuna, que tan pesados chascos estaba dando á los Epaminondas y Aristides de la España con honra. El Sr. Gobernador comenzó á echar sapos y culebras por la boca, lo mismo que cualquier



rufian de callejuelas, volviendo y revolviendo los papeles, vino á topar con el paquete de las veinticinco cartas. Su gozo fué entónces inmenso: tenía ya asegurada la venganza.

La noche anterior había hecho Currita un escrupuloso escrutinio en sus papeles, quitando de en medio lo que podía comprometerla, y poniendo bien á la vista lo que favorecía sus planes: excusado es decir, que la carta de la reina Isabel quedó en puesto tan visible, que presto pudo dar con ella el jefe de orden público. Dos descuidos imperdonables tuvo sin embargo: quedósele traspapelado en la cartera de escribir el plieguecillo en que había hecho sus pruebas caligráficas, y olvidósele por completo de que en un cajoncillo oculto de la arquilla antigua del *boudoir*, existía hacia más de tres años un paquete de cartas. Eran éstas de cierto capitán de artillería andaluz, de gran familia, arrogantísima figura y poquisima vergüenza, que había antecedido á Juanito Velarde en el puesto de confianza que á la sazón ocupaba éste en la casa.

Triunfante el Gobernador, preguntó á Martínez si le parecía conveniente publicar aquellas cartas en los periódicos.

—Pero hombre, no sea V. mentecato—replicó el Ministro. ¿Cree V. que hay alguien en Madrid, que no sepa ó suponga que esas cartas existen ó han existido?

—Pero entónces,—qué partido sacamos de ellas?

—Uno muy sencillo . . . ¿No tiene V. que devolverlas á la Condesa?

—¡Claro está! . . . Como el jefe de orden público le ha dejado recibo.

—Pues en vez de enviárselas V. á la mujer, se las envía al marido . . . Es la única manera de practicar en este asunto, la obra de misericordia enseñar al que no sabe.

—¡Magnífico!—exclamó el Gobernador admirado de la maquiavélica política de su Excelencia.

Y sin pérdida de tiempo, púsose á escribir un atento B. L. M. al Marqués de Villamelón, presentándole mil excusas por el mal rato que le había dado aquella mañana, anunciándole la devolución de los papeles incautados, y suplicándole cortesmente los repasase uno á uno, y muy en particular las veinticinco cartas del paquete, no fuera que por casualidad se hubiese alguna de ellas traspapelado.

En aquel momento un portero entregó al Sr. Gobernador una esquelita perfumada, que parecía ser de una dama coqueta, y era del lindo Mimistro García Gómez, el elegante de la situación, el *dandy* de aquel Gabinete eminentemente progresista. Enterado por su amiga Isabel Mazacán de la orden del día dada por el Marqués de Butrón en casa de Currita, apresurábase á poner en conocimiento de la primera autoridad de la provincia, la manifestación de mantillas y peinetas que las damas de la aristocracia preparaban para aquella tarde en la Fuente Castellana. El Gobernador



comenzó á bufar de nuevo, amenazando entre enérgicas interjecciones, hacer con mantillas y peinetas, lo que Esquilache hizo con capas y sombreros.

—¡Pero hombre, no sea V. mentecato!— volvió á decir el Ministro con su risa de paleta. Eso tiene fácil remedio.

—¿Cuál?

—Llame V. á Claudio Molinos.

Llegó Claudio Molinos, bribón consumado, especie de baratiro político que en aquel tiempo alcanzó gran boga, y era, según la voz el Galeoto del Gobierno en sus enjuagues de mala ley, y el reclutador y generalísimo de la partida de la porra. Recibiéronle ambos personajes de igual á igual, y con grandes extremos, y después de una corta conferencia, tornó á salir Claudio Molinos muy apresurado.

Martínez salió también con gran pachorra, inclinada la cabezota, y las manos y el bastón á la espalda, y quedóse el Gobernador muy satisfecho, restregándose las manos chiquitas y regordetas, con alguna que otra uña no limpia del todo.

A las seis y media de aquella misma tarde no se veía un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario, atravezaban al trote largo el Paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguían en confuso remolino hácia la Fuente Castellana. Jamás Viena corriendo hácia el Práter, Berlín hácia el Linden, París hácia el Bosque, habían presentado espectáculo tan original y pin-

toresco, como el que ofrecía á la puesta del sol aquella inmensa avalancha de trenes lujosísimos, la mayor parte descubiertos, atestados de mujeres de todos tipos, de todas edades, con trajes de colores vivos, mantillas blancas ó negras, peinetas de teja y flores en la cabeza, en el pecho, en las manos, en los asientos y portezuelas de los coches, en las frontaleras de los caballos y en las libreas de los cocheros; confundiendo sin atropellarse, en aquella barahunda ordenadísima, carruajes, caballos, jinetes, arneses, prendidos, libreas, cocheros con la fusta enarbolada, lacayos con los brazos cruzados, retintines de bocados y crujidos de látigos, efluvios de primavera y perfumes de tocador, olor á búcaro de la tierra recién regada y fragancia de lilas, azucenas y violetas; envuelto todo como en una gasa en un polvillo fino y brillante, iluminado todo con golpes de luz bellísimos por los reflejos del sol poniente que penetraba por entre las copas de los árboles, haciendo brotar resplandores de incendio en la plata de los arneses, los botones de las libreas y el herraje de los coches.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá, desembocaba también en Recoletos muchedumbre compacta de gente de á pié, destacándose, de trecho en trecho, grupos de mantillas mas ó menos bien llevadas, peinetas de teja puestas en cabezas más ó menos airosas. No correspondía, sin embargo, la animación y la algazara, al número y al lujo de aquella



muchedumbre: marchaban los paseantes con esa curiosidad más ávida mientras más medrosa, que inspira siempre un espectáculo peligroso: con esa curiosidad propia del cobarde, que espera oír á cada momento el estampido de una arma de fuego. Las damas de los coches, por su parte, cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un involuntario azoramiento, semejante al del chico descarado que se resuelve á hacer una travesura, en las barbas mismas del maestro.

De repente, á la altura de la Casa de la Moneda, paráronse los paseantes agrupándose bajo los árboles, y los coches moderaron su carrera, llamándose á derecha é izquierda para dejar una calle en medio. Por ella se adelantaba al trote largo un magnífico landó de Binder, caídas á uno y otro lado las capotas de *chagrin* finísimo, arrastrado por dos soberbios bayos oscuros, dos *steppers* de grande alzada y poderoso trote, que la mano férrea de Tom Sickles manejaba tan fácilmente, como volvía el viento los ramos de lilas y claveles que lucían los nobles brutos en las brillantes frontaleras. Tendida en los anmohadones de raso con aire distinguidísimo paseaba la Condesa de Albornoz, su desvergüenza, dando la derecha á su amiga y parienta la Marquesa de Valdivieso; vestían entre las dos primas los colores nacionales, traje amarillo con mantilla negra la de Albornoz, rojo con mantilla blanca la Valdivieso, y grandes peinetas de carey una y otra, con ramos de claveles blan-

cos y encarnados en la cabeza y en el pecho. Arremolinábase la gente al verla pasar, las damas la saludaban con los pañuelos desde los coches, arrojándole flores muchas de ellas, y una turba de gomosos á caballo, brotaban á uno y otro estribo del coche, á guisa de cabañerizos. De esta manera triunfal, hizo Currita su entrada en la Castellana.

Formaban ya allí los carruajes ordenada fila, y entónces pudo apreciar el Marqués de Butrón, todo el número y arrogancia de sus huestes femeninas. Allí estaba él en un landó de colores oscuros, teniendo á su derecha a la Marquesa, respetable señora que llevaba uno de los nombres más ilustres de España, y podía hacer gala de una de las reputaciones más sin tacha de la corte. Más lejos iba Isabel Mazacán con Leopoldina Pastor, en un *milord* preciosísimo; Pilar Balsano, la Duquesa de Bara, Carmen Tagle y otra infinidad de estrellas y constelaciones del gran mundo, entre las que descollaba la señora de López Moreno con su hija Lucy, vestida ella de azul con mantilla blanca y grandes rosas en la cabeza, ocupando así por completo una gran carretela con arreos a la calesera, y cochero y lacayo con sombrero calañés, pantalón y chupa de oscuro terciopelo. Todas ellas, mujeres problemáticas, y otras mil y mil, mujeres frívolas y superficiales en apariencia, pero honradas en el fondo las más, sólidamente virtuosas y sensatas muchas de ellas, saludaban al pasar á la ilustre bribona, inclinándose todas



á su paso, rindiéndole el homenaje de sus sonrisas y su envidia, haciéndose reas de la pernicioso condescendencia con el vicio, llaga mortal de las grandes sociedades, contribuyendo con su presencia y con su lujo, por necesidad, por debilidad y por malicia, al gran pecado del escándalo, al triunfo de la más ruin bellaca que urdió jamás trapisondas en la corte.

No duró mucho, sin embargo, la apoteosis... Nada ha podido nunca explicar como sucedió aquello: unos dicen que vino del Hipódromo, otros que del barrio de Salamanca, algunos que de un hotelito que emboscado en un jardín, existe en la Castellana. Es lo cierto, que de repente apareció en la fila de coches un gran landó á la Daumont con cuatro caballos blancos: venían dentro dos mujerzuelas de vida airada, abigarradamente vestidas de encarnado, con pomposas mantillas y enormes peinetas, poniendo en asquerosa caricatura á las damas de la aristocracia. En el asiento de enfrente, un rufián con sombrero de copa un poco ladeado y largas patillas postizas, parecía parodiar á cierto prócer famoso, que en aquel tiempo hacía gran papel en las filas alfonsinas (1).

Aquello no fué un bofetón: fué una coz, una patada del Excmo. Martínez, que acababa de un golpe con las peinetas y mantillas, con más facilidad que acabó Esquilache con los

[1] Histórico todo.

sombreson y las capas. Díjose luego, que desde una ventana del hotelito escondido, había él presenciado la escena, con las manos á la espalda, sacudiendo la cabezota, dejando oír su risa de cazurro, de paleta empingorotado.

—¡Ju, ju, ju, ju! .....

Entonces hubo un momento de confusión grandísima, de alarma verdadera: algunos hombres de á pié y de á caballo se lanzaron sobre el coche con los bastones enarbolados, para hacerlo salir de la fila. Intervinieron los guardias de orden público en favor de las mujerzuelas, y mientras tanto huyeron en un segundo los lujosos trenes, al galope á la desbandaba, mordiéndose los hombres el bigote de despecho, escondiendo las mujeres llenas de vergüenza los rostros azorados.

Sólo quedó Currita, incorporada en su coche, abriendo mucho los claros ojos, abofeteando á todas aquellas mujeres honradas, cuya culpa consistía en admitirla á ella en su trato, con estas candorosas palabras dichas para tranquilizar á su prima:

—Pero mujer... ¿Qué ha sucedido?... ¿Por qué se van?... Que haya otras dos más, ¿qué importa? .....

